

MENS SANA IN CORPORE TULLIDO

Oriol Rossell

A Kevin Warwick se le conoce como Capitán Ciborg. Durante años, este científico británico se ha dedicado a modificar su organismo mediante la implantación de chips electrónicos que le permiten, entre otras cosas, interactuar con un ordenador valiéndose únicamente de los impulsos eléctricos de su sistema nervioso. El objetivo del experimento es, según sus propias palabras, "la actualización de la especie": una suerte de eugenesia hipertecnificada motivada por una asumida inferioridad frente a la inteligencia artificial.

En su versión 2.0, Warwick declaraba recientemente: "[Frente a la inteligencia artificial] El ser humano es sólo superior en comprender bromas o disfrutar de la música. Pero estas son cosas que, francamente, sólo preocupan a los humanos". Y, a la mayoría de ellos, cada vez menos, podía haber añadido el polémico investigador. Porque si algo define a la modernidad cultural en Occidente, la que parte del Renacimiento con la primera distinción entre artistas y artesanos, es el progresivo, irremediable e insalvable distanciamiento entre la vida y aquella extensión de la cultura que entendemos por arte. El problema del arte es el mismo que el de la religión: la maquinaria que lo sustenta en la tierra ha tergiversado y embrutecido hasta tal punto su naturaleza más esencial que se ha producido una ruptura irreconciliable en el seno de la sociedad en la que debería significarse. Porque es ob-

vio que, a día de hoy, el arte es un lujo innecesario; una alhaja cultural cuyo peso específico en la vida de las personas es irrelevante. Nadie, excepto el aparato económico que lo mantiene (artificialmente) con vida, necesita el arte para vivir. Si el arte desapareciera, en definitiva, nadie lo echaría de menos... Salvo aquellos que viven a su costa o aquellos que pueden dedicarle tiempo y dinero porque su economía se lo permite. Los menos. Lo que en estos momentos vivimos como el final definitivo del arte, al menos tal y como hasta hoy lo habíamos entendido, supone la culminación de un desarme ideológico perfectamente diseñado y ejecutado por el entramado socioeconómico del poder.

Durante siglos, ha forzado un desplazamiento del arte de las manos de la ciudadanía hacia las de la élite que la domina. Todas las connotaciones ritualísticas, toda la carga subversiva, toda la potencialidad del arte en tanto que interfaz de comunión colectiva, y por tanto efectivamente peligroso para la estabilidad del *statu quo*, han sido minuciosamente eliminadas desde los distintos estamentos que lo han administrado, ya fuera desde su financiación como de su orientación y promoción: primero la iglesia, después la aristocracia y, de tres siglos a esta parte, la burguesía. El arte ha dejado de ser peligroso porque, o no se entiende, y queda reservado para el deleite de un reducido, exclusivo círculo de elegidos, o se consume como una

mercancía más, susceptible de ser comprada o vendida en ese formidable engranaje comercial que conocemos como "industria del entretenimiento" y que sustenta todo el entramado de la "cultura popular". Los artistas han cedido gustosos al abrazo narcótico del poder, anestesiando toda relación causa-efecto entre su obra y la masa social: la pintura y la escultura han devenido adorno o, en su defecto, un gesto críptico e inescrutable para el ciudadano de a pie, perversamente privado, en su fase educativa, de claves para la comprensión de la creación contemporánea. Otro tanto sucede con la música. Y así con todas las facetas del arte. Uno de los ejes que han vertebrado este desarme del arte es su progresiva cosificación, directamente ligada a la devaluación del cuerpo humano en nuestro entorno cultural. Durante siglos, el cuerpo, primero de resonancias divinas y luego pecaminosas (del *mens sana in corpore sano* a la sotana como símbolo de santidad), se ha visto reducido a la condición de obtusa aunque de momento necesaria carcasa material para contenidos bastante más elevados que nuestra triste circunstancia carnal. La común aceptación de tópicos como aquél que reza que los deportistas son imbéciles, o que el artista de verdad es un tipo enclenque, poco avezado al cuidado del cuerpo pues el del espíritu le monopoliza todo su precioso tiempo, no son sino indicios claros del triunfo de lo, llamémoslo así, "intelectual" sobre lo "físico". Quizá vaya siendo hora de que alguien se pregunte el porqué de esta entronización del uno frente al desprecio al otro.

Desde aquí me limitaré a hacer un par de breves reflexiones:

1. En el momento en que el arte queda circunscrito "y limitado" al mundo de las ideas, su potencial peligrosidad contra el sistema pasa a ser una cuestión estrictamente retórica, puesto que el único discurso ideológico capaz de movilizar a la masa social no es estético, sino ético, y concerniente a cuestiones bastante más acuciantes para la vida que las digresiones poéticas a las que en general se ha visto reducida la práctica artística. Las palabras no hacen sangrar. Los puños, sí.

2. No deja de ser ilustrativo que las tendencias más radicales de la creación contemporánea, las que han logrado sobrepasar la observación compulsiva y continuada de su muy artístico ombligo y proponen nuevas formas de compromiso cultural, económico, social y político abiertamente enfrentadas al sistema, apuesten abiertamente por un arte de acción, de performance, donde se reclama la interacción física de los intérpretes con el público. Sólo a través de los cuerpos se podrán cambiar las mentes.

Es por esto que desde aquí reclamo, si no un reencuentro con el propio cuerpo, sí al menos un reconocimiento de sus posibilidades como área de creación artística, como lienzo mutante y móvil. Y, sobre todo, de su potencial revolucionario.